

Los hombres y las hojas: de Homero a Machado

[Men and leaves: from Homer to Machado]

Vicente Cristóbal*

Universidad Complutense

La pregunta del licio Glauco (*Il.* VI 145-149), aliado de los troyanos en aquella primera guerra mundial cantada por Homero, resonará en nuestros oídos con una siempre vigente actualidad. Traduzco los hexámetros homéricos en hexámetros castellanos:

¡Oh tú, Tidida, el del ánimo grande! ¿por qué del linaje preguntas?

Como la generación de las hojas, así la del hombre.

Unas el viento las echa por tierra, mas otras el bosque
hace brotar verdeando al tornar la gentil primavera.

Tal el linaje del hombre: unos nacen, extingúese otros.

Glauco, casi incómodo, replica a Diomedes, y prácticamente le dice que el linaje de los hombres no tiene apenas importancia; tan poca cosa es como el follaje caduco del bosque; muere una generación y nace otra; somos hijos de una primavera y seremos víctimas de un otoño o de un invierno. Caducos, efímeros, mortales. Como las hojas, sí, que brotan verdes, prosperan en su verdura por breve tiempo, pero se mustian, son arrancadas de su rama por el viento y acaban confundidas con la tierra misma. Las palabras de Glauco encierran un manifiesto desdén por la genealogía. Dicen que no significa nada la marca del abolengo en ese constante proceso de nacer y morir. Pesimismo antropológico, crítica implícita de Homero-Glauco al excesivo culto a la nobleza de sangre, propia de la aristocracia micénica, o realismo puro: quién lo sabe.

* Dirección para correspondencia: Facultad de Filología. Edificio A. Ciudad Universitaria. 28040 – Madrid (España). E-mail: vcristob@filol.ucm.es

Ese símil celeberrimo, que, según Clemente de Alejandría (*Strom.* VI 738), tiene su fuente en Museo, que asoma de nuevo esgrimido por los elegíacos Mimnermo (fr. 2 W. [=fr. 2 D.]) y Semónides (29 D [3] = Simon. 8 W [1]), que, aplicado a las almas humanas, lo leemos en el lírico Baquilides (*Epin.* V 63-67), y luego igualmente así en Virgilio (*Aen.* VI 305-312) y Dante (*Div. Com.*, Inf. III 112-120), que Aristófanes había puesto en el pico de las aves (*Aves* 685 ss.) como reproche para la raza humana, que Horacio (*Ars Poet.* 60-63 y 68-72) trasladó en su aplicación y lo usó como imagen de la vida de las palabras, y muchos otros poetas, incluso contemporáneos nuestros¹, han recordado en obediencia y adhesión al venerable Homero, le sirvió a Antonio Machado también como impulso sugeridor de una imagen ya famosa, inserta en su no menos famoso poema “A un olmo seco”: la de las hojas verdes brotadas tardíamente en el tronco viejo y aparentemente muerto.

Ese poema fue publicado aisladamente en 1913, e incorporado a *Poesías completas* en 1917 (núm. CXV, ed. Oreste Macrí, Madrid, Espasa-Calpe, Fundación Antonio Machado, 1989, II, pp. 541-542). Recordemos su texto, aunque anda en la mente de todos los amantes de la poesía, y muy probablemente asociado también para muchos a la voz y la música de Joan Manuel Serrat (y destaco en negrita las secuencias más pertinentes a nuestro objetivo):

Al olmo seco, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.
¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.
No será cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.
Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.

¹ Tales como Luis Alberto de Cuenca, Juan Antonio González Iglesias, o Miguel D'Ors, según pondré de relieve y concretaré en un próximo trabajo.

Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana,
ardas de alguna mísera caseta,
al borde de un camino;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.
Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

Un texto de la obra en prosa “Juan de Mairena, Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo”, de 1936 (ed. cit. de O. Macrí, II, p. 1956), atestigüa, en efecto, que para este poema el símil homérico de las hojas-hombres es el seguro hipotexto. El proceso de mediación desde los versos de la *Ilíada* hasta su poesía lo imagina y recrea Machado incluso, explícitamente, como una cadena de aprendizaje y metamorfosis en la que ficticiamente interviene el fantasmal Mairena. He aquí el tenor del texto probatorio: habla primero Machado-Mairena y luego Machado-Machado (y resalto otra vez en negrita lo interesante a nuestro propósito):

‘Sobre la muerte, señores, hemos de hablar poco. Sois demasiado jóvenes... Sin embargo, no estará de más que comencéis a reparar en ella como fenómeno frecuente y, al parecer, natural, y que recitéis de memoria el inmortal hexámetro de Homero:

Óie per phýllon gene é toié de kai andrón.

Dicho en romance:

“Como la generación de las hojas, así también la de los hombres”.

Homero habla aquí de la muerte como un gran épico que la ve desde fuera del gran bosque humano. Pensad en que cada uno de

vosotros la verá un día desde dentro, y coincidiendo con una de esas hojas. Y, por ahora, nada más.’

Algunos discípulos de Mairena aprendieron de memoria el verso homérico; otros recordaban también la traducción; no faltó quien hiciese el análisis gramatical y propusiese una versión más exacta o más elegante que la del maestro, **ni quien, tomando el hexámetro por las hojas, cantase al árbol verde, luego desnudo, al fin vuelto a verdecer.** Ninguno parecía recordar el comentario de Mairena al verso homérico; mucho menos el consejo final.

Mairena no quiso insistir. La muerte --pensaba él-- no es tema para jóvenes, que viven hacia el mañana, imaginándose vivos indefinidamente más allá del momento en que viven y saltándose a la torera el gran barranco en que pensamos los viejos.

-Hablemos, pues, señores, de la inmortalidad.

Es evidentemente el propio Antonio Machado, fingidor de tal magisterio, el que presuntamente tomó “el hexámetro por las hojas” y partiendo de Homero cantó al árbol verde, luego desnudo, viejo, hendido por el rayo, podrido en sus entrañas, y tronco carcomido finalmente, al que, por un don inesperado de la primavera, vuelven a brotar algunas pocas hojas verdes; y la imagen, como en el texto épico antiguo, se aplica a continuación en el poema del olmo al mundo de los hombres, a la subjetividad del poeta.

Hay que leer, por tanto, la sublime composición machadiana como una recreación y glosa del no menos sublime símil homérico aducido por Glaucó en su conversación con Diomedes. Una glosa rebelde y emuladora de Homero, no simple imitación o recuerdo. Una negación a que el proceso humano sea irreversible hacia la muerte. Hay que entender, en suma, en los versos del sevillano la constatación de cómo el hombre, al igual que los árboles, sí, al igual al menos que ciertos árboles, puede esperar también un verdor milagroso en su aparente declive. Late aquí un grito, sin duda, contra el existencialismo pesimista de su contemporaneidad²: el hombre -en voz implícita de Machado- es un ser para la vida. Espera la vida. El corazón se lo dice.

Y hay que poner de relieve la conexión y complicidad de la voz homérica antigua y la voz más reciente del gran Antonio, voces ambas intemporales, igualmente

² En términos consonantes tal vez con los de Kierkegaard al comienzo de su obra *Temor y temblor*.

seductoras, y a veces unísonas, como en este caso. Los versos de Machado sobre el olmo seco y resucitado tienen resonancias en otros lugares de su propia producción poética: así en “Recuerdos” (“Y pienso: Primavera, como un escalofrío/ ha de cruzar el alto solar del romancero,/ ya verdearán los chopos las márgenes del río:/ ¿Dará sus verdes hojas el olmo aquel del Duero?”), así en “A José M^a Palacios (“¿Tienen los viejos olmos/ algunas hojas nuevas?”). Y tendrá ecos en otros poetas de la posteridad, como el cubano José Ángel Buesa (en su “Canción de los remos”, encabezada precisamente con el motto “Otro milagro de la primavera”, o en su “Poema del árbol”, encabezado con el también motto machadiano “La gracia de tu rama verdecida”, o en “El árbol viejo”, recreación emuladora del poema del sevillano). De ahí la importancia de desvelar y alumbrar estas raíces homéricas de la imagen machadiana: la cadena de ecos se amplía, la tradición multisecular se engrandece a nuestros ojos, la continuidad e identidad de lo poético y de lo humano se manifiestan de modo rotundo en estos ejemplos.